

“La juventud en perspectiva sociológica. Procesos, transiciones y trayectorias”¹

JUAN JESÚS MORALES MARTÍN²

Resumen

El presente artículo está planteado como una reflexión general sobre la juventud. Si bien alude preferentemente a la sociedad española como realidad concreta. La hipótesis de partida se sitúa en las dificultades que encontramos para delimitar y caracterizar al concepto sociológico “juventud”. Algo que nos indica los cambios societarios en los que estamos inmersos. En este sentido, la perspectiva que manejamos es que la juventud ha perdido actualmente la centralidad que tuvo durante la primera modernidad a la hora de construir y diseñar los itinerarios biográficos. Este hecho nos emplaza, sin duda, a considerar las condiciones sociales que han de tener los jóvenes para ser adultos hoy. De esta manera, el panorama que se dibuja es el de una realidad social en el que tanto la edad juvenil como la edad adulta quedan caracterizadas por la indefinición y por una constante construcción de la identidad personal.

PALABRAS CLAVE: JUVENTUD, TRANSICIÓN, TRAYECTORIA, IDENTIDAD, ESPAÑA

Abstract

This article is presented as a general reflection on youth. While preferably refers to the Spanish society as a concrete reality. The hypothesis is in the difficulties we meet to identify and characterize the sociological concept “youth”. It tells us societal changes in which we are immersed. In this sense, the perspective is that we deal with youth has now lost the centrality it had during the first modernity at the time of building and designing the biographical itineraries. This fact placed, no doubt, to consider the social conditions that the young people have to have to be adults today. In this way, the picture is drawn is that of a social reality in which both youth and adulthood are characterized by uncertainty and constant construction of personal identity.

KEY WORD: YOUTH, TRANSITION, CAREER, IDENTITY, SPAIN

1. Lineamientos de una propuesta. A modo de introducción

El propósito inicial al escribir el presente artículo es poder establecer un acercamiento a la sociedad contemporánea desde la perspectiva epistemológica y teórica que nos concede la reflexión sobre la categoría sociológica “juventud”. Partimos de que esta categoría sociológica, tan importantísima en la modernidad al constituirse como una etapa biográfica dramática por la toma por su carácter transitorio. La hipótesis que sostenemos es que si encontramos dificultades a la hora de marcar exactamente dónde termina la juventud y dónde se inicia la edad adulta es síntoma, desde luego, del cambio societario en el que estamos inmersos. Por tal motivo, la perspectiva que manejamos es que la juventud ha perdido su centralidad a la hora de construir y diseñar los itinerarios biográficos porque, precisamente, la vida adulta también queda caracterizada

¹ Quiero dar las gracias a Álvaro Marín Bravo y a Alberto J. Ribes Leiva por sus atinadas observaciones críticas y por sus valiosas sugerencias.

² Universidad Complutense de Madrid.

por su indefinición y su constante recomenzar. Este hecho, de este modo, nos emplaza a considerar las condiciones sociales que han de tener los jóvenes para ser adultos hoy. En este sentido, este trabajo alude preferentemente a la sociedad española como realidad concreta, puesto que uno de los objetivos del mismo es dar a conocer al lector algunas problemáticas que se están produciendo en la situación social de los jóvenes españoles. Aunque también está planteado, sin embargo, como una reflexión general sobre la juventud. Con ello no quiero caer en una generalización estereotipada, sino más bien la pretensión es ofrecer herramientas e instrumentos teóricos que puedan ser útiles para reflexionar, en su caso, la realidad de la juventud en América Latina, sabiendo incluso de las variaciones significativas que hay entre unos lugares y otros³.

Hasta ahora, en la abundante bibliografía de la sociología de la educación, de la sociología de la juventud e incluso de la sociología en general encontramos una obsesión por saber y demarcar dónde está el límite de la juventud (De Singly, 2005: 111). No hay un consenso sobre cuándo comienza y cuándo termina el tramo de la juventud. Hoy esas coordenadas quedan absolutamente desdibujadas, lo que nos permite hablar de “la disolución de los límites de la juventud” (Gil Calvo, 2005: 14). Así se puede apreciar en numerosos trabajos que operan con diferentes periodizaciones que conducen a la confusión⁴. Si bien no queremos caer en esa obcecación, ya que nuestra intención es utilizar la categoría sociológica de “juventud” como tipo ideal que nos sirva para abstraer algunos aspectos de una realidad, no en toda su pureza, pero sí con sugerentes lineamientos y tendencias generalizables. En este sentido, este trabajo se sitúa preferentemente en el campo de la teoría sociológica y de la sociología de la cultura, porque aborda la manera que tiene el sujeto actual de estar y vivir en una sociedad troquelada por la segunda crisis de la modernidad (Rodríguez Ibáñez, 1998: 85)⁵. Para ello, y centrados en este debate entorno a la juventud, tomamos la sugerencia de

³ Cada sociedad viene a manejar y a entender un significado distinto de lo que entiende por jóvenes. Por tal motivo, una de las preguntas que sobrevuela a lo largo de este trabajo es la siguiente: ¿qué entiende la sociedad española como juventud? Pregunta que también me lleva a tratar sobre otros asuntos como: ¿qué entendemos hoy como ser jóvenes en España? Son interrogantes que, sin duda, se pueden trasladar a la realidad social latinoamericana. Ya que considero que lo más interesante para el lector es que pueda identificar en su sociedad particular problemas similares en el trasfondo –cambio societario que se refleja en las trayectorias juveniles, pero que quizás aparecen con otras formas u otros matices diferentes a los que yo puedo percibir en la realidad social española.

⁴ Sin embargo, durante los últimos años se viene manejando en la sociología española una periodización de la juventud que la sitúa entre los 15 y 34 años (Martín Serrano, 2001: 49). Ésta es, desde mi punto de vista, la que mejor se adecua a los intereses de este trabajo. Así, la juventud –como la etapa vital comprendida entre la infancia y la edad adulta– viene a superar a la duración de la edad infantil, lo que nos muestra que nos enfrentamos a unas condiciones sociales particulares que han propiciado esta mayor dilación de la vida juvenil. En este sentido, la idea de que existe una nueva etapa de transición hacia la vida adulta ha sido elaborada, entre otros, por J. J. Arnett con algunos trabajos en los que define este período biográfico con la categoría de “la adultez emergente” (1997; 2000; 2002). Con esta categoría se quiere señalar cómo la transición entre la juventud y la adultez está marcada por el retraso en los cinco pasos clave para convertirse en adulto: finalizar los estudios, abandono del hogar familiar, independencia financiera, matrimonio y tener hijos.

⁵ Es sintomático si realizamos una revisión bibliográfica de diversos textos sobre sociología de la juventud encontrar mismos patrones teóricos que apuntan directamente hacia la fragmentación de la sociedad actual y que tienen como centralidad en sus discursos escenarios si, ya no completamente posmodernos, si teorías sociológicas que piensan desde la modernidad avanzada, la modernidad líquida o la sociedad del riesgo. La postura que aquí adoptamos maneja una línea a la par que algunas de estas teorías, si bien el interés por el enfoque o la perspectiva del sujeto –y de su acción social– nos permite considerar, por ejemplo, cómo en algunos comportamientos de los jóvenes se mezclan elementos de una primera modernidad con rasgos de lo que podemos llamar segunda modernidad o tardomodernidad. Esta última etiqueta encaja con un enfoque de identidades débiles, de des-diferenciación y de crisis de las instituciones sociales. Por supuesto que parte de la literatura posmoderna ve esto como una oportunidad y como una liberación de los individuos, aunque nuestras coincidencias tienen que ver más con la insistencia en el presente, en la desaparición y en la inestabilidad, dado nuestra lectura más bien crítica sobre la realidad social.

N. García Canclini sobre cómo “los cambios de comportamientos de los jóvenes manifiesta una reorganización radical de lo que veníamos entendiendo por modernidad.

Las nuevas generaciones muestran, exacerbadas, las tendencias de las sociedades actuales: aumento de la información y de las interacciones con baja integración social, aceleración de los cambios con empobrecimiento de las perspectivas históricas respecto del pasado y el futuro, combinación contradictoria de recursos formales e informales para satisfacer necesidades y deseos a escala individual o grupal” (2008: 10).

Más allá de esta afirmación, lo que encontramos es un interés por la juventud como expresión de la nueva sociedad. Un interés entendido como una apertura teórica y que nos conduce hacia una necesitada revisión y redefinición de lo que entendemos por modernidad. Si encontramos a la juventud en un tiempo de transición es porque la sociedad actual también está en un constante estado de transición. Uno de los aspectos más interesantes a los que accede este trabajo es, por tanto, a comprobar desde la posibilidad que nos concede la juventud el cambiante peso que están teniendo los valores y los ideales modernos en su configuración. No se trata de reconstruir la historia del fenómeno, la evolución del objeto, sino de habilitar un espacio, el hiato, en el que tengamos cabida y que permita asomarse a las diversas fuerzas implicadas en el proceso de construcción del sentido de ser joven (Casado, 2001: 167). Ya que una de las tareas fundamentales de la sociología es ocuparse de esas tensiones y relaciones con otros objetos que confluyen en la juventud, como categoría singularizada, y que nos hablan de la política (participación política), del trabajo (mercado laboral), de la familia (relaciones de parentesco), del ocio y consumo (estilos musicales, hábitos de lectura, aficiones, etc.), de la identidad (sexualidad, tribus urbanas, inmigración), etc.

2. Sobre la imprecisión de la categoría sociológica “juventud”

Los fundamentos del mundo moderno se vienen abajo en la sociedad tardo-moderna. Y ese declive tiene su culminación en toda una sociología que cuestiona los presupuestos clásicos y los revisa a la luz de las nuevas representaciones sociales. En este sentido, una aparentemente simple categoría sociológica, como “juventud”, da al traste con todo un modo de pensar el mundo contemporáneo. Uno de los aspectos más notables que advertimos es que en la actualidad no se puede realizar una lectura lineal de la misma (López Blasco, 2006: 265). Esto supone que más que hablar de un grupo de edad o de una generación, se comienza a hablar teóricamente de trayectorias y de itinerarios hacia la vida adulta. De esta manera, la juventud no aparece como un proceso de cambio o transformación, sino más bien aparece como una etapa laberíntica en su conjunto. Ello hace que nos interese tener en cuenta las relaciones sociales que ese proceso pone en marcha, siempre sujetas a la revisión (dada la debilidad y fragilidad de los lazos sociales). La categoría sociológica “juventud” está difuminada en la medida en que el pasaje de la edad joven a la adulta sufre un proceso de des-institucionalización -dada la crisis que están sufriendo las instituciones sociales que conformaron la vida social moderna (religión, trabajo, política, familia, etc.)-. Lo que lleva al observador o al investigador social a redefinir las fronteras de esa visión fragmentada del mundo y a buscar el significado que hoy adquiere la vivencia de lo juvenil (Cavia, 2006: 103)⁶. Si estamos ante una nueva juventud, también estamos ante una nueva sociedad en donde, por

⁶Evidentemente una de las ideas más importantes que ha rodeado la escritura de este texto es la de sensación que tienen los jóvenes de estar viviendo en “permanente crisis” (Hernández, 2007: 177). Se puede poner la crisis económica que nos llega de los medios de comunicación, crisis del mercado de trabajo, crisis de las relaciones de pareja. Poner algo de Medina sobre la crisis.

ejemplo, el matrimonio o la inserción laboral ya no son rituales de paso tan importantes como lo fueron en la primera modernidad, simplemente porque en la segunda modernidad pierden su valor “como indicador irrefutable de la entrada en la edad adulta” (De Singly, 2005: 111)⁷.

Esta ruptura de la linealidad de las biografías se evidencia en que, por ejemplo, la inserción laboral no significa plenamente la llegada a la edad adulta, ya que en muchas ocasiones no trae consigo la deseada emancipación del hogar familiar, al igual que los jóvenes ya no esperan para acceder al matrimonio en busca de recompensas sexuales. En este sentido, cada vez es más frecuente encontrar trabajos sociológicos que nos hablan de la pérdida de centralidad que tienen para los jóvenes el trabajo, el estudio y el matrimonio a la hora de elaborar sus estrategias de vida (García Canclini, 2008; Gil Calvo, 2009). La mayoría de los puntos de referencia constantes y sólidamente establecidos en la primera modernidad exigían un entorno social más duradero, seguro y digno de confianza que hoy las condiciones estructurales y sociales, en cambio, no ofrecen (Bauman, 2003: 58). De esta manera, adquieren un mayor protagonismo para los jóvenes nuevos referentes en sus vidas como la conectividad o la socialidad –las novedosas redes sociales de Internet–, y el consumo de ocio, de tendencias, de moda, de cultura, etc. Son referencias sociales y simbólicas que les permiten, sin embargo, una mayor flexibilidad de organización y de construcción en sus itinerarios biográficos (García Canclini, 2008: 3). La consecuencia recíproca de estas tendencias es que se está produciendo una situación convergente entre un adelantamiento de la adolescencia y una prolongación de la juventud. A la vez que la etapa adulta, como veremos más adelante, acaso queda también caracterizada por su indeterminación.

Los jóvenes adelantan comportamientos que antes se daban en la edad adulta: relaciones sexuales, consumo de alcohol, drogas y tabaco, la libertad de decisión sobre el uso del tiempo libre, y otro tipo de conductas, consideradas hasta hace poco, patrimonio de los adultos (Serapio, 2006: 13). Este adelantamiento viene potenciado por una sociedad donde las nuevas tecnologías, los medios de comunicación y la publicidad, entre otros factores, favorecen a los miembros de la adolescencia temprana el acceso a terrenos simbólicos propios de la adultez en épocas anteriores. Esto hace que la juventud ya no sea un viaje hacia la edad adulta. Sino que se está en ella de muchas formas (Serapio, 2006: 13). De este modo, encontramos un contexto heterogéneo con multitud de trayectorias y de numerosas situaciones intermedias que destacan por situar a la juventud y a la identidad de las y los jóvenes en un estado en permanente construcción social y cultural, nunca definidas entonces por ser estáticas o inamovibles (Revilla, 2001: 119). Incluso la experiencia de la juventud, como decíamos, se prolonga en el tiempo hasta abarcar tiempos propios de la edad adulta (Serapio, 2006: 20). Lo que genera un continuo “aplazamiento de la salida de la juventud” (De Singly, 2005: 117). Hecho que denomina E. Gil Calvo como “el envejecimiento de la juventud” (Gil Calvo, 2005). En fin, no sólo asistimos a la disolución de sus límites, en cuanto a su inicio y a su tiempo de término, sino que también en cuanto a su sentido y a su disfrute. La juventud ya no es un relato recto, sino más bien es una narración difusa e inconclusa en la que los jóvenes van añadiendo nuevos significados y significante.

⁷ Que los rituales de paso pierdan su importancia no significa que no haya requisitos –como decíamos arriba– para ser adultos. Podemos señalar entre estos condicionamientos a la solvencia e independencia económica, a la administración de recursos disponibles, a la autonomía personal (capacidad de decisión) y a la construcción de un hogar propio (Agulló, 2003: 8). Apreciamos, por tanto, que los requisitos estructurales, sociales y simbólicos para ser adultos hoy son fundamentalmente materiales. La importancia del ser adultos hoy no es tanto en quién eres, sino en qué tienes. La lectura que podemos hacer de ello es que la satisfacción completa de los requisitos materiales no asegura la plena madurez “personal”. Creo que, más que nada, muchas de las actitudes y comportamientos que tenemos ante la realidad social de hoy son maneras de ajustarnos y reproducir la estructura social, matizada, como sabemos, por la economía capitalista que la envuelve.

3. Expectativas de transición a la vida adulta. La realidad social española

Un elemento habitual de la sociedad tardomoderna o de la segunda modernidad es la sensación permanente de vivir una vida en transición. Una idea y buen ejemplo de esto lo podemos encontrar en las actitudes, en los comportamientos y en las decisiones de los jóvenes cuando observan, perciben y atribuyen para sí la situación social que les rodea.

Algunas de las respuestas más comunes de la juventud ante esta “incontrolabilidad” social están siendo la desmotivación, la desconfianza, la desesperanza y, sobre todo, un comportamiento individualizado que queda representado bajo el lema de ir viviendo el día a día; disfrutando y gozando del presente eterno siempre que sea posible⁸. Esto nos conduce a un contexto social en el que las expectativas de transición para la juventud están en crisis. Los jóvenes sienten que ya no pueden controlar sus destinos biográficos. Ya no es nada seguro ni prometedor el origen familiar o de clase en la composición de su carrera profesional, más si tenemos en cuenta que el Estado tampoco puede controlar a la economía de mercado. La familia –a excepción sobre todo de las clases altas– ha perdido su capacidad de “enclasar” a los jóvenes y de insertarlos laboralmente⁹. Esto se debe, principalmente, a que los propios adultos ni estaban preparados ni esperaban –cognitivamente– los ajustes (exigencia de formación continua) y la flexibilidad creciente del mercado laboral bajo un contexto de economía global. Los adultos han sido conformados y educados según los criterios de la moderna sociedad industrial. Por tal motivo, los progenitores no pueden insertar a los jóvenes porque, en primer lugar, ellos también están padeciendo las consecuencias del cambio de patrón del mercado de trabajo y, en segundo lugar, no tienen el capital social suficiente. Su posición es débil en cuanto a las redes sociales y también es débil en cuanto a su propia formación.

El resultado es que los padres y madres no pueden facilitar la inserción laboral de sus hijos e hijas porque están ubicados en otro segmento laboral o en otra parcela de trabajo. A lo que se le une el desinterés o desprecio que tienen los jóvenes hacia los trabajos manuales, que justamente son los que en gran medida poseen sus padres¹⁰. Esta disonancia entre generaciones, entre formación y mercado de trabajo, explica algunos fenómenos sociales crecientes en la sociedad española, como son, por ejemplo, la pérdida de valor del título académico, el cuál no se puede hacer efectivo tanto por el aumento de los titulados como por las redes sociales desfavorecidas que entrega una familia desclasada;¹¹ el síndrome de retardo, que se explica por la temporalidad y la precarización del

⁸ “El futuro es tan incierto que es mejor vivir al día” fue la frase preferida por más de la mitad de los entrevistados, en la Encuesta Nacional de Juventud realizada en México en 2005” (García Canclini, 2008: 5). Según un sondeo de junio de 2009 de la empresa Metroscopia para el diario El País, el 54% de los españoles situados entre los 18 y 34 años afirmaba que no tenía proyecto alguno por el que sentirse especialmente interesado o ilusionado (Barbería, 2009).

⁹ No es un propósito de este trabajo tratar ampliamente las distintas trayectorias en función de las clases sociales. Cabe al menos señalar también que junto a la importancia de la clase social en el diseño de los itinerarios juveniles se unen otros condicionantes esenciales como por ejemplo el género o la etnia. Dichas diferencias no son menores porque afectan sobre el rumbo y el estado de las trayectorias.

¹⁰ No es posible entrar al detalle en el fondo de esta transformación, aunque en esencia remite a un viejo problema sociológico: el de las clases sociales. Evidentemente no todos los padres desempeñan o han desempeñado trabajos manuales o de servicios, como tampoco la estructura ocupacional es igual en todos los países. Aunque sin embargo, en España se empieza a vislumbrar esa tendencia de la que hablaba Z. Bauman y que tiene que ver con la pérdida de centralidad del valor trabajo dentro de la nueva generación de jóvenes: “el trabajo ha perdido la centralidad que le fue asignada en la galaxia de los valores dominantes de la era de la modernidad sólida y el capitalismo pesado. El “trabajo” ya no puede ofrecer un huso seguro en el cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida. Tampoco puede ser pensado como fundamento ético de la sociedad, ni como eje ético de la vida individual” (Bauman, 2006a: 149).

¹¹ El informe anual de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, “Panorama de la Educación”, que

mercado de trabajo, y que retrasa la salida del hogar familiar hasta que no se encuentra un trabajo estable y bien pagado que lo permita; o, por ejemplo, el caso concreto que se está produciendo en España, donde muchos jóvenes ni estudian ni trabajan. Es lo que se empieza a llamar como “generación ni-ni” (Barbería: 2009). El fenómeno se explica a partir de la auto-percepción individual que realizan los jóvenes de la situación social que les rodea en cuanto a su destino profesional (y personal)¹². Se preguntan qué les va a reforzar en su sacrificio o lucha por conseguir algo que les va a ser imposible alcanzar, caso de un trabajo realmente bien pagado que les posibilite tanto la independencia económica como la definitiva autonomía personal¹³.

En este punto entramos en un terreno común para toda la juventud: el deterioro y declive de las motivaciones extrínsecas. Aunque, sin embargo, nos vamos a detener en el caso concreto de la realidad social española donde los “estímulos sociales” que les llegan a los jóvenes no pueden ser más desafortunados. A continuación recojo varios ejemplos empíricos relacionados con la “generación ni-ni”, con la insatisfacción laboral de los jóvenes españoles y con sus trayectorias laborales y académicas sacudidas, sin duda, por las condiciones estructurales del mercado de trabajo. Para empezar, la cifra del fracaso escolar en España se sitúa en un 31%. Ese dato nos muestra un abandono escolar temprano, ya que tres de cada diez alumnos no acaba la educación obligatoria –Bachillerato, hasta los 16 años. Además en España la esperanza de vida escolar para un alumno de cinco años que accede a la educación obligatoria es de 17,2 años, cifra casi similar a la media de la OCDE (17,6 años) y de la UE (17,7 años). Esta cifra supera, sin embargo, a países como México (14,5 años) o Reino Unido (16,6 años), pero está lejos de otros como Suecia (19,8)

este año analiza el curso 2008, sitúa en un 40% el porcentaje de jóvenes españoles que poseen un título universitario y que cuentan con un trabajo inferior a su formación (Fuente OCDE). Lo que encontramos en España es un país con una alta sobrecualificación. Es una sociedad conformada por jóvenes que están ocupando unos puestos de trabajo que no son para ellos, sino que están pensados para gente formada en títulos medios. Pero España, por sus problemas de estructura ocupacional, no cuenta con este tipo de titulados. Estos fallos estructurales, a los que sumamos otros factores que actúan de forma recíproca, terminan por influir en la estrategia emancipatoria que cada joven tiene que escribir de manera biográfica. A ello se une, entre esos factores que decíamos, por un lado, la frustración personal de los padres de no poder haber estudiado una carrera y que transfieren a sus hijos en forma de presión si a la larga no ven consumados los deseos de ascenso o elevación social de sus progenitores. Además encontramos a un Estado de bienestar que ha fomentado durante decenios la educación universal y la proliferación de muchos títulos universitarios, pero que no sabe gestionar –y aprovechar– toda esa demanda de ascenso de las clases sociales. A ello se une también, como anunciábamos más arriba, un mercado de trabajo, precario y flexible, que embotella y no da salida a los nuevos titulados. Situaciones convergentes que terminan, en definitiva, por bloquear la emancipación juvenil (Gil Calvo, 2005: 13).

¹² Asumo en este aspecto la “perspectiva del sujeto” para analizar y estudiar los problemas y preocupaciones que rodean a la juventud actual (Hernández, 2007: 179). El enfoque a seguir es cómo los jóvenes se ven a sí mismos, cómo ven a los demás y cómo ven la realidad social. Manejamos entonces las representaciones que los jóvenes crean del mundo en que viven a través de sus motivaciones internas y de cómo incorporan los mensajes de la sociedad que reciben.

¹³ Las y los jóvenes tienden a elaborar un auténtico cálculo racional sobre su futuro. Algunas de las preguntas que se hacen y que resumen esta postura ante la realidad social bien pueden ser las siguientes: ¿Para qué voy a trabajar por 600 euros en España o por 200.000 pesos en Chile al mes si mis padres me dan 200 euros o 100.000 pesos de paga? ¿Qué necesidad tengo de estar todo el día trabajando en algo que no me gusta, que está mal pagado y en el que no veo posibilidades reales de mejora? Incluso algunos fenómenos sociales de gran importancia en América Latina como la delincuencia juvenil se explican, en cierta medida, por este cálculo: ¿Para qué trabajar si gano más delinquiendo o robando? Basta imaginar cómo muchos jóvenes, pese a las oportunidades que tienen de iniciarse en el mercado laboral –como becarios u ocupando puestos de trabajo mal remunerados–, dada esta desmotivación, se permiten el lujo de rechazar estos empleos, ya sea por el apoyo familiar del que pasan a depender o, por el contrario, porque en la delincuencia encuentran un modo de vida con el que satisfacer fácilmente sus necesidades materiales de independencia económica. E incluso con el uso de la violencia consiguen recompensas simbólicas de estatus o reconocimiento social. Lo que encontramos, en fin, es una tendencia en los jóvenes que nos revela su insatisfacción entre el tiempo dedicado a estudiar y a formarse, con los consiguientes sacrificios, y las pocas recompensas laborales y sociales a tales esfuerzos.

o Finlandia (21,2)¹⁴. Si observamos estos datos, aunque la trayectoria académica se ajuste a la media europea queda lejos de los países más desarrollados, lo que nos indica también que muchos jóvenes inician la formación universitaria sin terminarla o, por el contrario, no acuden a la Universidad al realizar estudios de formación técnica o profesional. Aunque esta menor prolongación de la vida académica no quita para que casi un 35% de los jóvenes españoles entre los 18 y los 34 años considere que hay una brecha entre su nivel de preparación y el que se necesita en su actual empleo (Barbería, 2009). Una muestra más de los desajustes y desequilibrios que asolan al mercado laboral español, distinguido por la temporalidad y la precariedad, en el que se vienen reproduciendo desde hace años problemas estructurales de larga duración. Por no decir también que estamos ante un mercado de trabajo envejecido de una población envejecida, en el que no tienen sitio los jóvenes.

Muestra de ello, sin duda, es el brutal paro juvenil que lastra a la sociedad española. Si el paro global en España ya es dramático –con una tasa global superior al 20% y con más de 4 millones de cesantes–, el desempleo juvenil es desesperanzador. Los últimos datos del Eurostat, correspondientes a julio de 2010, sitúa en España la tasa de desempleo juvenil –de los 16 a los 29 años– en un 41,3%, duplicando la media europea y siendo, junto a Estonia, la más alta de toda Europa. Si desmenuzamos esta cifra encontramos algunos datos igualmente desoladores: la tasa de paro juvenil alcanza hasta el 33% en menores de 35 años, elevándose hasta un 40% en menores de 30 años. Estas cifras se traducen en más de 789.000 jóvenes, de ambos sexos, sin trabajo, de los cerca de 2 millones que están en edad de trabajar¹⁵. En este aspecto hay que eliminar la brecha que separaba los datos de paro en hombres y mujeres, ya que se han igualado durante los últimos años, no porque las mujeres hayan mejorado sus registros de trabajo, sino porque el aumento de los parados varones en España ha crecido de forma exponencial. A estas cifras hay que añadir otra más sobre la preocupante situación de la juventud española: según indicaba el sindicato UGT en una nota de prensa el pasado 11 de agosto de 2010, y en base a sus datos, las y los jóvenes cobran un 40% menos de media que los adultos en puestos similares¹⁶. En fin, toda esta batería de datos da buena cuenta del alarmante panorama laboral de los jóvenes españoles. No extraña, por tanto, que un gran porcentaje de ellas y ellos estén en una auténtica situación precaria, incluso corriendo el peligro de exclusión social. La conclusión que podemos sacar es que los jóvenes en España se enfrentan hoy a un nivel de vida peor que el de sus padres, dibujándose ante ellos un futuro –si aún creen en él– bastante comprometido.

¹⁴ Fuente: OCDE.

¹⁵ Fuente: Eurostat. La población juvenil española menor de 29 años en el año 2010 se sitúa tan solo en 6.900.000 personas, representando el 14,7% de la población total (46.951.000). Cifras que nos hablan de un decrecimiento vertiginoso de la población juvenil y del envejecimiento de la población española con las consecuencias adyacentes: mantenimiento del Estado de bienestar, pensiones, problemas en el mercado de trabajo, etc. (Fuente: Instituto Política Familiar). A pesar de los datos que manejamos, las frías estadísticas del Eurostat no nos dicen quiénes son los jóvenes en desempleo: ¿los licenciados, los doctores, los que tienen masteres? Sin embargo, en el informe antes citado de la OCDE hemos encontrado un dato revelador para estos intereses descriptivos: sólo un 6% de los jóvenes que tienen estudios universitarios están en paro (Fuente: OCDE). En este sentido, la correlación que podemos extraer es la siguiente: la tasa de desempleo disminuye según aumenta el nivel educativo.

¹⁶ Fuente: UGT.

4. Ante la ausencia de estímulos y recompensas. La desmotivación y la desconfianza

Si los jóvenes vienen a desconfiar del futuro, desapareciendo en su perspectiva, se debe, en cierta medida, a que no encuentran recompensas visibles porque “los premios prometidos ya no existen, pues tanto el empleo como el matrimonio se han hecho inseguros y precarios; y los esfuerzos requeridos ya no permiten alcanzar unos premios devaluados que se distribuyen aleatoriamente, sin proporción a los esfuerzos invertidos. Por lo tanto, como la emancipación juvenil está bloqueada y se aplaza indefinidamente, ahora los responsables familiares ya no pueden reprimir más tiempo el consumo y la sexualidad de sus hijos, que alcanzan temprana gratificación sin relación alguna con el desarrollo de su carrera de méritos.” (Gil Calvo, 2005: 16). Los jóvenes no se pueden encontrar con los antiguos estímulos que ofrecía la modernidad para ser adulto -empleo, pareja, vivienda y descendencia- porque no están garantizados y porque ellos mismos no tienen la convicción suficiente como para creer que logran esos “premios” (que obviamente son también responsabilidades sociales). Principalmente porque no hay ninguna institución social que los garantice (ni el Estado, ni la familia, ni el mercado de trabajo pueden hacerlo al estar todos en crisis). Perciben y sienten que por mucho que uno luche y se esfuerce, el final de la carrera no aguarda un premio que asegure una llegada vitalicia. Su cuestionamiento apunta, sobre todo, a un mercado laboral que se convierte en el eje central para dibujar sus trayectorias (Casal, 1988: 101); pero que, paradójicamente, no requiere de la mano de obra juvenil para alcanzar sus objetivos normales en cuanto a su funcionamiento económico. Y, consecuentemente, los jóvenes no creen en un mercado de trabajo distinguido, como avanzábamos, por su flexibilidad, fragilidad y precariedad (contratos temporales, contratos a pruebas, contratos por obras, como becarios, desempleo juvenil, etc.). Lo cierto es que muy pocos jóvenes entran en él con un contrato de trabajo indefinido. La elevada precariedad irá reduciéndose con el paso del tiempo, aunque ello no quita para que esa insatisfacción sobre el empleo desempeñado les acompañe a lo largo de sus vidas. Sobre todo si pensamos que su toma de decisiones están hipotecadas por las condiciones laborales que les rodean.

De esta manera, y por todas estas circunstancias que actúan al mismo tiempo, distinguimos en los jóvenes una tendencia hacia actitudes y prácticas de “indefensión aprendida” en el momento en el que tienen que diseñar su itinerario biográfico. La forma que tienen de apropiarse íntimamente de las motivaciones sociales externas les llevan a definir su situación social como incontrolable, entendida como falta de contingencia entre sus respuestas, sus decisiones y sus actos. Es muy compartida entre los jóvenes la creencia de su falta de control ante los acontecimientos. Porque así lo han interiorizado, así les han educado y así lo potencian diariamente los medios de comunicación. Todo está en estado crítico y ellos sienten que no pueden hacer nada para salir de la crisis. Ni es culpa suya ni tienen ganas de hacer algo. Ellos creen que no pueden hacer nada para cambiar la realidad. Por consiguiente, su respuesta es la de aceptar esa realidad de una forma conformista e incluso negativa. Las expectativas de incontrolabilidad dan paso, en numerosas ocasiones, a expectativas de desesperanza, “definidas como la expectativa de que algo negativo va a ocurrir unido a un sentimiento de indefensión respecto a la posibilidad de hacer algo por evitarlo.” (Soria, 2004: 477). Ello repercute, sin duda, en una juventud desmotivada y ciertamente desesperanzada por las promesas y recompensas que la sociedad le ha ofrecido y que insatisface e incumple continuamente (García Canclini, 2008: 7). Los jóvenes construyen sus biografías sin tener en cuenta esas recompensas –en ocasiones, como decíamos, porque nos las hay-, pero en cambio sí lo hacen

caracterizando subjetivamente su futuro desde la generalización de la incontrolabilidad. Ello se debe, en efecto, a lo fuerte que ellas y ellos tienen presente la distinción, como expresa N. Luhmann, entre “las condiciones de posibilidad” y “las condiciones de realización”, de sus aspiraciones, de sus deseos o de sus proyectos (2005: 72). Así, acusan la creciente inseguridad social a la hora de definir su itinerario; lo que intensifica su falta de confianza hacia unas condiciones sociales que sitúan como desfavorables.

La trayectoria se toma como una apuesta dado el paisaje heterogéneo y complejo. Se impone, ante la incertidumbre circundante, estrategias de jugadoras o jugadores bursátiles que tratan de apostar todas sus cartas en diferentes opciones, ante la imposibilidad de predecir cómo evolucionará el mercado de trabajo en un futuro inmediato (Gil Calvo, 2009: 20). Puesto que saben que “las reglas de juego cambian a mitad de la partida sin previo aviso o sin una pauta legible” (Bauman, 2003: 59). Esa incapacidad de predicción y de control sobre su trayectoria biográfica repercute, como hemos dicho, en la desmotivación de la juventud. El declive de las motivaciones extrínsecas –las propias de la sociedad– trae consigo un deterioro de las motivaciones intrínsecas de los jóvenes –de cómo los sujetos se apropian de los mensajes externos-. No hay una correspondencia lineal entre lo que la sociedad exige –éxito, trabajo, emancipación, pareja, descendencia– y los instrumentos que realmente ofrece a los jóvenes para conseguir esas metas– mercado de trabajo, estructura social, movilidad y ascenso social-. Los jóvenes se ven desmotivados e incapacitados a trazar sus trayectorias porque la sociedad no les estimula en absoluto.

No obstante esa misma sociedad se encarga también de hacerles llegar mensajes positivos acerca de disfrutar la vida de una forma resuelta en el plano del consumo y del ocio, aunque aún no hayan resuelto su situación profesional y personal a la hora de elección de pareja, emancipación, autonomía e independencia, etc. De esta manera, el *marketing* mediático y publicitario les encomiendan a vivir el presente como si fuera imperecedero. Viven rodeados de señales, signos y símbolos de comunicación cargados de oportunidades seductoras y estimulantes (Bauman, 2006a: 68). Les dicen que aprovechen el tiempo, lo que les acrecienta la sensación de tener experiencias, de viajar, de consumir ocio y cultura, tecnologías... Se convierten en unos hedonistas que no quieren perderse absolutamente nada y que quieren tener todo, aunque no tengan los medios suficientes para ello y esa misma sociedad y sus instituciones sociales, como decíamos anteriormente, tampoco se los avalan con facilidad. Porque, como pudimos ver, la sociedad tampoco les asegura las mejores condiciones como para poder ser adulto. En algunos aspectos, parece como si la sociedad no quisiera convertir a los jóvenes en actores sociales –y en sujetos históricos de la futura sociedad del conocimiento-. Y sí existe esta voluntad muchas de las veces se hace a través de herramientas precarias e insuficientes. Rasgos que representan lo que hoy se denomina frecuentemente como la expresión de “juventud precaria” o “la generación precaria” (García Aller, 2006; Sánchez Moreno, 2004; Vogel, 2007). Porque vivir en precariedad no sólo es vivir en la provisionalidad, sino que también es vivir en una constante minoría de edad. “De ahí que los años de aprendizaje dejen de tener sentido, convertidos en un absurdo juego de niños” (Gil Calvo, 2005: 16). Los jóvenes ni están preparados, ni pueden ser aceptados como actores sociales plenos (Revilla, 2001: 107). A ello se ha referido E. Gil Calvo con la acertada expresión de “doble vínculo”, pues mientras la sociedad les exige responsabilidades a los jóvenes, al mismo tiempo les deniega la posibilidad de que las contraigan (1985: 15). Es otra más de las ambivalencias de la segunda modernidad: la emancipación no viene a ser más que un camino lleno de frenos y obstáculos, en vez de atrevimientos y bríos (Bauman, 2003: 35). Consecuencia de esto, los jóvenes viven en un estado permanente de

confusión y de clara disonancia cognitiva. Viven inmiscuidos en situaciones caracterizadas por una alta disfuncionalidad de rol que les crea inseguridad e incertidumbre (que, por cierto, es el peor estado psicológico posible)¹⁷. Saben que un día tendrán que ser adultos y que tendrán que entrar en el círculo de las obligaciones, pero, por otro lado, no quieren dejar de ser jóvenes, como tampoco conocen con seguridad cuando dejaron de serlo.

Les llegan mensajes absolutamente contradictorios entre aprovechar la vida y ser responsables; entre la ética del goce y la ética de la responsabilidad. Es la consecuencia que desencadenan las contradicciones en las que vive la sociedad de hoy; la cuál ha transitado desde una alienación del trabajo a una alienación del consumo y del ocio que se refleja en algunos talentos y comportamientos de muchos jóvenes. (Y también de muchos adultos). Y todo porque los jóvenes, bajo ese lema de “vivir al día”, encuentran que la vida lineal trazada por la primera modernidad es aburrida. No les atrae, como decíamos, el construir su identidad alrededor del trabajo como así hicieron sus padres. Entienden que es mucho más atractiva una vida rica en acontecimientos que una realidad demasiado uniforme (De Singly, 2005: 118). La edad adulta, de esta manera, no es la gran puerta que atrae a los jóvenes a su entrada. No encuentran grandes motivos que les aseguren la conducción plena a la edad adulta.

Incluso, como sabemos, apenas les motiva la política. Ello tiene que ver, en gran parte, con el creciente proceso de individualización que tiende a que uno acabe concentrándose en sí mismo¹⁸. Su forma particular de participar política y socialmente es justamente no participando. Llegando el caso a que ni estudian ni trabajan, porque las expectativas que ellos interiorizan del futuro son pesimistas. Se “desvinculan” de la sociedad porque están ocupados en escribir y retocar constantemente su propia identidad en ese largo y solitario viaje hacia la adultez. Sobre todo cuando se enfrentan a esos problemas estructurales a los que ellos mismos tienen que solucionar de una forma biográfica (Beck, 1998: 137). Y esto es, quizá, lo más llamativo de esta narración sobre la juventud: el largo y tedioso trayecto de aprendizaje hacia la edad adulta que termina por cansar y desesperar a los jóvenes de hoy. La clave de todo el problema juvenil en general reside precisamente en las enormes dificultades y demoras con que para cada joven transcurre lo que podemos llamar su “proceso de independización económica” (también llamado de inserción o integración social); proceso que hoy, en el caso concreto de España, se ve más retrasado, alargado, entorpecido, obstaculizado y dificultado que nunca (Gil Calvo, 1986: 202).

Podemos afirmar entonces que la juventud llega desmotivada a encarar los retos de la vida adulta, porque la vida adulta es en sí misma poco atrayente. Aunque eso no quita para que los jóvenes, como ya anunciamos al inicio de este trabajo, anticipen algunas prácticas propias de la edad adulta como el consumo de alcohol, drogas, tabaco o mantengan relaciones sexuales sin estar casados o emparejados. Lo que sucedía con la “construcción de la identidad juvenil” bajo la primera modernidad era que la autonomía y la independencia iban unidas. Ambas se lograban

¹⁷ Los jóvenes no sólo viven situaciones disonantes, sino también problemáticas o conflictivas con los adultos cuando pretenden adentrarse en su mundo. Comparten, muchos de ellos y ellas, la sensación de que no han sido invitados a ese mundo de los adultos. Son como los extraños de los que habla Z. Bauman, que han realizado ese ingreso en el mundo de la vida “sin ser invitados” y pasan a ser tomados como amigos o, como casi siempre, por adversarios (2005: 92). Algo similar les ocurre a los jóvenes cuando comienzan a dar sus primeros pasos en el mercado laboral o se deciden a tomar sus primeras decisiones biográficas bajo la atenta mirada de los adultos.

¹⁸ El proceso de individualización provoca este tipo de respuestas individuales que luego se manifiestan en tendencias sociales. Pero individualización, por eso, no significa una ruptura con la sociedad ni un escape completo de las presiones sociales. Si no más bien son respuestas individuales ante las motivaciones sociales, lo que nos empuja a una de las tensiones centrales de la sociología como es la conexión recíproca entre individuo y sociedad.

cuando se accedía a la vida adulta. Hoy, en cambio, se puede ser autónomo sin ser independiente: “Los jóvenes se hallan en las condiciones sociales y psicológicas que les permiten acceder a una cierta autonomía sin disponer por ello de recursos, especialmente económicos, suficientes para ser independientes de sus padres” (De Singly, 2005: 115). Ahora disponen, por tanto, de una pequeña dosis de autonomía en un régimen de dependencia, sirviéndose de ella para anticipar algunos pasajes de la edad adulta. Ocurre esto porque la juventud, por ejemplo, encuentra en el establecimiento de las relaciones sexuales una de las pocas parcelas en las que puede decidir sobre su identidad personal de una forma autónoma y sin depender de sus padres. Otros ámbitos en los que manifiestan su autonomía son el ocio y el tiempo que dedican a las nuevas redes sociales en Internet, como Facebook, Hi5, Messenger, MySpace, Netlog, Twitter, Tuenti, etc... En la primera modernidad, la socialidad sólo conquistaba su sentido si alcanzaba a la economía o a la política. Hoy en cambio, los jóvenes se entregan a la “socialidad por la pura socialidad” (Cavia, 2006: 119). Por el único placer de estar juntos, de poder interactuar y compartir experiencias, fotos, vídeos, aunque sea de una forma virtual.

Estamos ante nuevas formas de vinculación social que a ojos de la sociología nos emplazan a valorar las dimensiones de estos cambios: los jóvenes trabajan menos, tienen más tiempo de entretenimiento, de dedicarse a sus cuestiones y asuntos (Gil Calvo, 1986: 192). Y también están mejor preparados y relacionados con las nuevas tecnologías que las generaciones anteriores. Algo que revela cómo los jóvenes demuestran tener una gran capacidad de adaptación. A pesar de que el tono de estas líneas pueda parecer taciturno sobre el presente y futuro de la juventud (española), también es justo reconocer la voluntad de los jóvenes a la hora de desarrollar sus propias estrategias de supervivencia en situaciones contradictorias tales como convivir en el domicilio de sus padres, aún incluso cuando están en situación de empleo fijo; buscarse la vida laboral en régimen precario; estudiar y mejorar las posiciones de preparación para competir en el mercado de trabajo; alargar su carrera académica con los consabidos costes económicos y familiares; comenzar a estudiar años después de haber renunciado al sistema educativo; o, por ejemplo, abandonar la casa paterna tempranamente cuando en ella no se puede esperar apoyo financiero o psicológico (Hernández, 2007: 181).

Son ejemplos, sin duda, que nos dicen mucho de cómo la juventud de hoy ha sabido adaptarse al cambio extraordinario de las nuevas condiciones de vida y que, en cierto modo, son síntomas que implican refuerzos en las estrategias de los jóvenes para encarar de una forma más satisfactoria los retos del futuro a los que se están enfrentando desde ya mismo. Porque, como venimos manteniendo en estas líneas, la juventud intuye y percibe que ese futuro –cuando ya sean adultos– estará caracterizado por un continuo escrutinio de planteamientos. De ahí que vivan este período vital como lo que es: una etapa de transición hacia otra etapa que también es transitoria. La juventud en la segunda modernidad ya no es un período clave, ni dramático o decisivo para trazar las trayectorias biográficas de las personas como lo fue durante la primera modernidad. Simplemente porque las decisiones biográficas importantes serán revocadas con el tiempo según las circunstancias y los hechos venideros. Son los síntomas de una nueva época en dónde ya nada es vitalicio, ni el empleo, la pareja o las relaciones amistosas¹⁹. Todo queda sujeto a la revisión. Este carácter provisional de la sociedad en la segunda modernidad influye en la caracterización de la

¹⁹ Por ejemplo, en España se produjeron más de 118.000 rupturas en el año 2008, suponiendo un crecimiento del 28% respecto a los últimos 10 años. De esas 118.000 rupturas 110.036 se correspondieron a divorcios. El crecimiento de divorcios en España ha pasado de ser 35.834 en 1998 a los 110.036 de 2008, lo que refleja cómo este hecho social no ha dejado de aumentar sino de manera exponencial (Fuente: Instituto Política Familiar).

juventud como un período de cambio que emplaza a los sujetos, como anunciábamos, hacia otra etapa, la edad adulta, también distinguida por la precariedad y la fugacidad de las decisiones, los acontecimientos, las experiencias...

5. La importancia de las transiciones por encima de las trayectorias. La vida laberíntica

De un tiempo a esta parte el mayor efecto sobre las biografías de los jóvenes es que éstos, según venimos observando, ya no pueden configurar su identidad adulta como una trayectoria lineal y planificada. “En una vida regida por el principio de la flexibilidad, las estrategias y los planes de vida sólo pueden ser de corto plazo” (Bauman, 2006a: 147). En la actualidad pesan más las transiciones que los itinerarios fijos o premeditados. De esta manera, se viene imponer como norma la elasticidad de los esquemas mentales. Tanto para los jóvenes como para los adultos. No conforme a la adaptación de los cambios, la sociedad también exige a los sujetos estar siempre atentos y en estado de alerta ante cualquier imprevisto, ante cualquier incertidumbre o situación inesperada que tenga que ver con las formas de relacionarse en el medio familiar, laboral y social. Se hace imprescindible asumir, por tanto, una “racionalidad flexible”²⁰. Por tal motivo, las biografías de hoy deben ser leídas desde la pérdida de certezas y anclajes que provoca el derrumbe de la sociedad moderna.

Ello genera e incrementa, sin duda, la sensación de “desorientación hacia el dónde y el cómo ir, sobre los contenidos, métodos y estructuras” en el momento en el que los jóvenes comienzan a programar su futura integración adulta (Gil Rodríguez, 2007: 106). En ese momento perciben que proyectar racionalmente su destino de los próximos años no tiene gran sentido ante la incertidumbre que rodea a una sociedad que vive en las “ruinas de la modernidad” (Gatti, 2003: 106). De tal modo, que estamos asistiendo a una mutación en las estrategias y en las tácticas de las y los jóvenes. Si hasta hace poco eran, como decíamos, de tipo lineal, finalista y progresivo, como una flecha del tiempo, ahora se convierten en circulares, estacionarias y autorreferentes, como una rueda del tiempo, pudiendo resultar eventualmente disfuncionales (o neutralmente no funcionales) en la medida en que les dejen de servir o no les sean útiles en su intento de acceder a las exigencias y requisitos de la edad adulta (Gil Calvo, 2009: 16). Al final la imagen que tenemos de la juventud es que acaba pareciéndose a un “laberinto sin salida” (Gil Calvo, 2005: 17). El período juvenil se ha convertido en una mudanza sin fin y en un proceso de transición interminable, al igual que la edad adulta no es nada estable, siendo hoy día tan insegura y precaria como aquella. Ambas etapas de la vida están sometidas a la misma indefinición y a la misma obligatoria redefinición de la identidad porque viven sujetas a las mismas condiciones estructurales.

Ahora es común que la inestabilidad y la vulnerabilidad distinguen a estas dos etapas vitales. Si ya es problemático trazar lineamientos biográficos en la juventud, se vuelve dramático y heroico enfrentarse “al grave problema que supone tener que cambiar de formación, de empleo, de pareja,

²⁰ Otra más de las ambivalencias o contradicciones de la segunda modernidad es justamente esta: mientras que existen exigencias para que los jóvenes y adultos asuman patrones cognitivos que tienen que ver con la flexibilidad y la permeabilidad al cambio, ya sea en temas referidos a la movilidad laboral, la formación continua, el cambio de empleo, etc.; también las normas sociales se mueven alrededor de la racionalidad instrumental. De esta manera, observamos cómo hay un choque o una disputa entre dos racionalidades: por un lado, una “racionalidad flexible” para adaptarse a los cambios del mundo global y, por otro lado, una racionalidad instrumental que siempre está presente, sobre todo en el mercado de trabajo, para ser competitivos y poder alcanzar metas y fines.

de familia y hasta de identidad personal, haciéndolo además varias veces a lo largo de la vida adulta, en un permanente proceso de metamorfosis continua.” (Gil Calvo, 2005: 18). La precariedad no sólo distingue la existencia de los jóvenes, sino que la tendencia en este momento es que la vida adulta también se vive de igual forma precaria. Es lo que Z. Bauman ha denominado como “la precariedad de la existencia social” (2006a: 174). Con este concepto –o el de “precariedad vital”– se pretende distinguir, frente al concepto, más tradicional, de exclusión social y al concepto, más reciente, de precariedad laboral, las características específicas de las nuevas situaciones sociales en las que se extiende la precariedad: desde la dimensión económica y laboral, pasando por el ámbito íntimo y familiar, continuando por el ámbito de las relaciones de proximidad y de la red de relaciones sociales hasta caracterizar el ámbito de la convivencia cívica y de la participación sociopolítica²¹.

El alcance y significado de esta cualidad de la vida contemporánea es sinónimo de la poca estabilidad y de la exigua duración de las decisiones que se toman, de las relaciones que se establecen y de los puestos de trabajo que se ocupan. La temporalidad que distingue al mercado de trabajo se extiende a otras parcelas del mundo de la vida a las que nos hemos referido, como la pareja o la amistad (Bauman, 2006b: 43). En efecto, las decisiones aparentemente dramáticas y trascendentes sobre el destino biográfico ya no son tan decisivas como podríamos pensar. Este hilo no es otro que el de la revocación como marco y fondo de las elecciones y estrategias vitales que con el paso del tiempo tendrán que ser revisadas y, finalmente, sustituidas por otras nuevas. Tal terreno es el que U. Beck transita con sus sugerentes “biografías de bricolaje” (1998: 126). Esta idea de “biografías de bricolaje” indaga en el continuado esfuerzo que tienen las personas a la hora de diseñar sus propios itinerarios biográficos sin una hoja de ruta elaborada con anterioridad por la sociedad y sus instituciones sociales (familia, escuela, Estado, mercado de trabajo, partido político).

Ahí, desde mi punto de vista, reside otro de los aspectos problemáticos en la actual configuración sobre la tradicional tensión sociológica entre individuo y sociedad. Que las instituciones sociales básicas, como la familia, el Estado o el empleo estén en crisis, no significa que haya desaparecido por completo su influencia sobre las decisiones de los sujetos. Sino que más bien lo que se está produciendo es una situación conflictiva entre las herencias que recibimos de estas instituciones sociales, sobre todo de la familia, en forma de patrones de comportamiento y de expectativas –los esquemas mentales-, y las circunstancias sociales actuales. Es cierto que el construir la propia personalidad remite a un escenario nuevo, pero en el que, paradójicamente, todavía hayamos rasgos de la primera modernidad –en los padres, en sus comportamientos y prácticas, en lo que dicen, educan, enseñan y transmiten a sus hijos-, que conviven con las nuevas características societarias que aún están despuntando y que los jóvenes perciben de una manera disonante a través de los medios de comunicación, del mercado de trabajo, del ocio, o a partir de otros jóvenes²². Es “la sinuosidad de la identidad” (Rodríguez Ibáñez, 1996). Esta otra etiqueta sociológica

²¹ Los cambios en el ámbito de la sociopolítica apuntan, en cierto modo, al declive que está padeciendo la figura del sujeto histórico. Durante años fue frecuente que el vector para el progreso fuera la clase obrera, el empresariado, los sindicatos o en el caso concreto de América Latina el Estado desarrollista, con sus reclamaciones políticas capaces de profundizar en la negatividad y en las contradicciones que había en la realidad social. La gente se manifestaba sabiendo que si se unían su acción tendría repercusiones políticas más o menos inmediatas. Hoy, en cambio, por mucho que los individuos se junten a favor de una loable reclamación, difícilmente conseguirán algún desenlace político de forma breve. En lo que respecta a los jóvenes, como vimos, no tienen las suficientes motivaciones como para formar parte de un partido político o sindicato. No les interesa. Algo que apunta a la dificultad que tiene la sociedad actual de provocar lealtades y filiações.

²² Si hay biografías de bricolaje es justamente porque los rasgos estructurales de la sociedad imponen esa porosidad a los cambios, como consecuencia global del aumento de las respuestas biográficas ante los desajustes de la sociedad de la segunda modernidad y su carácter global y postindustrial. El matiz que pretendemos destacar en esta discusión es señalar que los

–complementaria a la de “biografías de bricolaje”– delata lo confuso, elástico y ondulante que resulta desarrollarse como persona íntegra en los tiempos actuales. La sinuosidad apunta al crecimiento de la distancia existente entre la juventud y la adultez con numerosas situaciones intermedias y difusas que continúan incluso una vez alcanzada la pretendida edad madura.

Lo que brota como algo común en ambas etapas vitales es la exhaustividad con la que se reflexiona sobre la vida misma. Como hemos tenido ocasión de ver, el creciente proceso de individualización se debe, en cierta medida, a que tanto jóvenes como adultos están absortos en recomponer el mosaico de su identidad. Si para los jóvenes la individualización significa tener competencias personales en tres aspectos como son una cierta desafiliación necesaria frente a los padres, una coherencia entre las dos dimensiones del proceso de individualización –la independencia y la autonomía– y por último, una formación permanente del yo (De Singly, 2005: 111); en cambio, para los adultos representa, fundamentalmente, el ocuparse de una tarea que creían haber superado y dejado atrás. Podría decirse que la individualización para las personas adultas viene a expresar su afanosa entrega a reconstruir nuevamente su yo profesional y personal. Precisamente porque “la individualización es un destino, no una elección” (Bauman, 2006a: 39). Quedan muy presentes, por tanto, algunas características habituales en ambos períodos vitales como son, por ejemplo, la ausencia de estrategias vitales duraderas y la constante re-construcción y redefinición de la identidad.

Esto da idea de que la juventud sea una etapa limitada, como también lo viene a ser la adultez. Es el lastre que se ha de portar al vivir en una época en la que se está consolidando el valor de la transición como patrón de vida. Ello repercute en que las trayectorias biográficas sean contingentes e indeterminadas, sin orientación ninguna y sin apenas esquemas fijos. (Algo que explica la tendencia hacia la des-diferenciación entre la edad juvenil y la edad adulta, no quedándonos claro cómo se pasa de una etapa a otra ante el constante cambio de rumbos. Merced a esta interpretación, el sentido de acceder a la edad adulta viene a disminuir). Es este carácter de imprevisto una de las claves para entender la realidad sociológica actual, donde los signos de la conducción metódica de la propia vida (*metodische lebensführung*), como predestinación o cumplimiento de la vocación personal (*beruf*: oficio o profesión), de los que nos hablaba M. Weber, ya no se cumplen ni tienen razón de ser (1999: 85 y ss.)²³. A cuenta de esto, es imposible no mencionar una tendencia que está irrumpiendo con fuerza hasta el punto de convertirse en un paradigma: “la vida laberíntica”. La sospecha vertida en la primavera del año 1968 –el año más vertiginoso de todo el siglo XX– de que se vivía en un mundo sin sentido, hoy se cumple de forma profética. El laberinto ya no es una

jóvenes sí toman decisiones más individualizadas o personalizadas –al igual que hacen los adultos–, pero la red familiar –aunque no esté presente– influye significativamente en el proceso de construcción biográfica. Porque somos herederos de una historia familiar, de una psicología y de unas relaciones familiares que condicionan nuestro proceso de transición social hacia el mundo adulto.

²³ La vocación es la tensión hacia la acción, en el sentido de M. Weber. La vocación es lo que hace a la gente encaminarse hacia lo que ha pensado y decidido como destino prefijado. En principio, en la sociedad actual no encontramos una tendencia dominante hacia la vocación, aunque existen auténticas dificultades de encontrar la gratificación. Aunque eso no quita para que haya algunas situaciones y acciones sociales que están mediadas por el horizonte de la gratificación. Uno de los ejemplos más claros lo tenemos en los científicos o académicos, que saben que su trayectoria y su itinerario profesional son largos, en los que necesitan mucho sacrificio, apoyos familiares, redes académicas y redes institucionales en forma de becas, subvenciones a la investigación, etc. Su carrera se dilata en el tiempo, con esfuerzos y sacrificios difícilmente recompensados de inmediato. A pesar de que tengan determinación en su trayectoria académica, están rodeados de la indeterminación y de la incertidumbre desde el origen de su decisión, lo que les complica y les hipoteca en sus posteriores decisiones biográficas en cuanto a proyectos vitales, como puede ser emparejarse, tener hijos, etc., al no tener tan nítida la línea de llegada.

construcción artificiosa, sino que es una forma real de comprender y percibir la sociedad, pero sobre todo, de estar en el mundo. Es una actitud cada vez más extendida en el que el transeúnte busca con ansia la salida sin poder llegar a encontrarla²⁴.

Sin pretender ser excesivamente crítico respecto al tema, considero que la vida laberíntica no hay que tomarla de una forma absolutamente peyorativa. Acaso lo necesario es caracterizarla desde la distancia que ofrece la reflexión sociológica. Por tal motivo, hay que pensar en las condiciones y posibilidades sociales que la rodean. Desde esta perspectiva, hacemos hincapié en la necesidad de tener en cuenta que los jóvenes y los adultos están rodeados de la ambivalencia a la hora de tomar sus decisiones: por un lado, no siempre disponen de los instrumentos necesarios para “acertar” en las mismas, lo que les condiciona y les atenaza a la hora de asumir cambios y, por otro lado, no transigen en su capacidad de acción. El miedo está presente en muchas de sus decisiones. Al igual que tampoco sienten miedo a probar, a errar, a equivocarse. Esto es más significativo en la juventud actual que en la de antaño, que antes de decidirse a cumplir ritos de paso –como casarse o aspirar a un empleo fijo-, prefieren probar nuevas experiencias personales y laborales. La postergación de los rituales de paso hasta más allá de la edad adulta tiene que ver, principalmente, a la calidad de las transiciones y a la diferente valoración simbólica y moral de los mismos²⁵. De esta manera, la categoría sociológica “juventud” nos ha emplazado a pensar esta etapa biográfica más allá de los límites estrictamente demográficos, considerando, en cambio, que a la adultez no sólo se llega por edad, sino que se accede a ella por aperturas económicas, materiales y simbólicas cada vez más difuminadas y obstruidas.

El problema no es tanto que los hijos se vayan de casa, sino que salgan en idénticas circunstancias en que lo hicieron sus padres. Algo bastante improbable dado el contexto económico, laboral y social de hoy en día. (Sobre todo si pensamos en el caso particular de España). Si los adultos muchas veces se ven obligados a hacer transiciones que no tenían pensado, como el cambio de empleo o seguir formándose, los jóvenes, en cambio, prefieren no hacer transiciones lineales obligatoriamente porque consideran que esa linealidad es precaria. De esta manera, el laberinto se toma como un aprendizaje permanente, tanto en lo personal como en lo profesional. La condición es tener esa capacidad y voluntad de incorporar nuevos conocimientos y nuevas habilidades que se van adquiriendo, desarrollando o simplemente sucediendo. En el fondo lo que mejor define a esta sociedad de la segunda modernidad es la multitud de situaciones intermedias, múltiples y variadas que viven tanto los jóvenes en su intento de acomodarse y desarrollarse en la edad adulta, como los propios adultos que tienen que reinventar nuevamente su propia vida, donde encuentran siempre el consuelo de que el camino viene a ser, por lo menos, un viaje enriquecedor en experiencias.

²⁴ Toma fuerza en estos días la idea de transeúnte, la cual no está asociada únicamente a la dimensión espacial, sino también a la temporal: “En la actualidad, todos vivimos en movimiento... Pero la mayoría estamos en movimiento aunque físicamente permanezcamos en reposo...pero (uno) jamás permanece en un lugar el tiempo suficiente para ser algo más que un transeúnte” (Bauman, 1999: 103). En consecuencia, los individuos transitamos en la identidad y en nuestra propia personalidad. Estamos de paso, en el trabajo, en la amistad, en las relaciones amistosas o amorosas, y no residimos sino transitoriamente en ellas.

²⁵ Por ejemplo, en España los matrimonios se han ido reduciendo progresivamente. A ello se une el hecho de que se producen cada vez en edades más tardías, estando por encima de la media europea. Los hombres se casan a una media de edad de 33 años y las mujeres casi a los 31 años, (30,7). Las circunstancias económicas que rodean a los jóvenes, como la crisis económica o una baja remuneración de salarios, provoca que las personas, si es que deciden casarse, se casen cada vez más tarde. Otra muestra de los cambios simbólicos que se están produciendo en la juventud española lo encontramos en el aumento de los nacimientos extramatrimoniales. Casi 150.000 (148.945) niños (el 30,24%) nacieron en 2009 fuera del matrimonio. Una cifra que no ha dejado de crecer desde 1980 (Fuente: Instituto Política Familiar).

6. Una modernidad aún por definir. A modo de conclusión

Al margen de las decepciones y frustraciones que puede provocar ese constante rediseño de la identidad, la conclusión más evidente que podemos sacar de estas nuevas situaciones sociales es la desnaturalización tanto de la edad juvenil como de la edad adulta. A lo largo de estas páginas hemos podido ver como las etiquetas de “juventud” y de “adultez” ya no se corresponden a dos categorías monolíticas que se sucedían una a otra como lo fueron en la primera modernidad. En su momento fueron importantes, pero hoy, sin embargo, los problemas que encontramos para categorizar a ambos fenómenos sociales en una aparente pureza –como concepto sociológico e incluso como tipo ideal– nos revelan que su distinción ahora viene motivada justamente por su carácter transitorio. La categoría sociológica “juventud”, como hemos podido apreciar, ya no programa el futuro adulto, sino que únicamente remite al presente inmediato. Es una más de las consecuencias de la pérdida de la dimensión temporal: “Al haber desaparecido el futuro como potencia simbólica, vivimos en una especie de presente perpetuo, separado ya de toda polaridad de pasado/futuro, en un ahora sólo es ahora” (Ruiz de Samaniego, 2004: 18). Cada vez más se exprime y se intensifica el concepto de tiempo en función del corto plazo. Del instante eterno. La temporalidad del presente actúa en los sujetos activándoles el deseo de ocupar tiempos y lugares no correspondientes. Incluso, por ejemplo, no sólo importa el hecho de que se prolongue la juventud en la edad adulta, sino que cada vez es más destacable la voluntad de muchos adultos que desean vivir como jóvenes.

Parece como si esos valores tradicionalmente asociados a la juventud, como el espíritu de rebeldía o la valentía, se quisieran apropiar para coger fuerzas y encarar el presente inmediato llenándolo de nuevas intenciones o planes. “En este sentido, los individuos no desean terminar la juventud, sino que quieren tener siempre proyectos, un “porvenir”, incluso si las condiciones sociales objetivas en las que viven limitan seriamente sus posibilidades” (De Singly, 2005: 120). Es otra de las paradojas que marcan la época actual: los jóvenes “sueñan” y se preocupan por convertirse en adultos, mientras que los adultos siguen soñando en experimentar como jóvenes²⁶. Observamos entonces cómo no hay una renuncia plena a lo que simboliza la juventud: la posibilidad de volver a renacer. Ello se debe, principalmente, a la inexistencia de una socialización anticipada que realmente resulte útil o funcional, porque todo comienza a estar caracterizado por lo imprevisto. Estamos asistiendo, de esta manera, a nuevas formas de socialización y de vinculación social entre las distintas generaciones en una sociedad cada vez más cambiante y heterogénea.

La juventud, en su conexión a la primera modernidad, era la puerta de entrada a una triunfante y supuesta adultez, pero hoy lo que les queda a los jóvenes de aquella edad esperada es solo la ruina de una ilusión. La edad adulta representaba una etapa de la vida sugestiva, decisiva, una imagen del futuro en el que los jóvenes entendían el potencial del ser humano. Entrar a la adultez era una carga de optimismo, pero aquello acabó, y hoy, en cambio, han ganado la partida expectativas sociales mucho más escépticas o pesimistas. La pérdida de sentido de la edad adulta para los jóvenes viene representada también, como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas, en cómo los adultos apenas están comenzando a tener conciencia del nuevo significado que tiene para ellos el ser adultos, en un contexto inesperado, que no preveían y para el que difícilmente estaban preparados. De ahí la importancia que está adquiriendo en esta época actual la incertidumbre, el riesgo, lo sorprendente o lo accidental. Algo que está asociado, sin duda, a esa capacidad o

²⁶ No sólo asistimos al envejecimiento de la juventud, sino también estamos presenciando un “rejuvenecimiento de los adultos”, no solo en el consumo de estilos de moda u ocio, sino, sobre todo, en una manera de entender la vida de una forma ilimitada y continuada.

condición –por no decir obligación que se auto-impone– de poder recomenzar constantemente a reescribir la propia trayectoria biográfica.

Lo cierto es que si esto sucede así respecto a estas dos etapas vitales, se debe a que igualmente encontramos dificultades para diferenciar y distinguir a la sociedad contemporánea. El rasgo fundamental de la sociedad en la segunda modernidad sería, por tanto, el de la indefinición. Lo único seguro es que nadie sabe con certeza lo qué es esta segunda modernidad. “Parece haber una situación nueva, emergente, detrás de lo que la sociología contemporánea trata de desentrañar con un prefijo que aparece por doquier, post. Al parecer, lo actual es post-de algo, ya sea post-industrial, post-capitalista, post-moderno, post-burgués. Se diría que sabemos de dónde venimos, pero no hacia dónde vamos. Estamos en una tierra nueva, sabemos que es nueva, pero no sabemos en qué consiste y reflejamos esa experiencia de incertidumbre mediante ese prefijo” (Lampo de Espinosa, 1999:147). Sólo tenemos claro que vivimos en una sociedad “cuya modernidad aún queda por definir y consolidar” (Giner, 2009: 33). No extraña, por tanto, las dificultades que encontramos para organizar nuestras vidas desde una perspectiva abstracta y comprensiva. La nota común del tiempo presente es la coexistencia en la estructura social de algunas actitudes, comportamientos y elementos modernos con otros que hemos denominado como de segunda modernidad. Una coexistencia que no es contradictoria ni problemática, pero que sí supone a la larga un obstáculo para el desarrollo de la mirada sociológica. En fin, y volviendo al mundo cotidiano, es lo que tiene el hecho de vivir bajo una “modernidad heterogénea, fluida y en vías de hacerse y deshacerse” (Brunner, 1987: 18). Que simultáneamente implica asumir una identidad nunca hecha, esencial o inamovible. Y da igual que seas joven o adulto.

Bibliografía

- Arnett, Jeffrey J.; Arnett, Lene J., (2002), "A Congregation of One: Individualized Religious Beliefs among Emerging Adults", *Journal of Adolescent Research*, Vol. 17, N° 5, pp. 451-467.
- Arnett, Jeffrey J., (2000), "Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties", *American Psychologist*, N° 55, pp. 469-480.
- Arnett, Jeffrey J., (1997), "Young people's conceptions of the transition to adulthood", *Youth & Society*, N° 29, pp. 1-23.
- Agulló, Esteban; Agulló, María Silveria; Rodríguez Suárez, Julio, (2003), "Jóvenes, fin de semana y uso recreativo de drogas: evolución y tendencias del ocio juvenil", *Adicciones*, Vol. 15, N° 2, pp. 7-33.
- Barbería, José Luis, (2009), "Generación "ni-ni": ni estudia ni trabaja", *El País*, 22 de junio. Enlace digital: http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Generacion/ni_ni/estudia/trabaja/elpepisoc/20090622elpepisoc_1/Tes
- Bauman, Zygmunt, (2006a), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt, (2006b), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt, (2005), *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.
- Bauman, Zygmunt, (2003), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt, (1999), *La globalización. Consecuencias humanas*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich (1998), *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Brunner, José Joaquín, (1987), "Entonces, ¿existe o no la modernidad en América Latina?", *Material de discusión*, FLACSO-Chile, N° 101, Santiago de Chile, pp. 9-22.
- Casado, Elena; Gatti, Gabriel, (2001), "Viaje por las fronteras del campo sociológico: una cartografía de la investigación social", *Política y sociedad*, N° 36, pp. 151-172.
- Casal, Joaquim; Masjoan, Josep María; Planas, Jordi, (1988), "Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta", *Política y Sociedad*, 1988, N° 1, pp. 97-104.
- Cavia, Beatriz; Gatti, Gabriel; Martínez de Albéniz, Iñaki; Seguel, Andrés G., (2006), "Escenarios para la creatividad política. Proyectos juveniles en el Barrio de San Francisco (Bilbao)", *Revista de Estudios de Juventud*, 2006, N° 75, pp. 99-109.

- De Singly, François, (2005), "Las formas de terminar y de no terminar la juventud", Revista de Estudios de Juventud, 2005, Nº 71, pp. 111-121.
- García Aller, Marta, (2006), La generación precaria, Madrid, Ediciones Espejo de tinta.
- García Canclini, Néstor, (2008), "Los jóvenes no se ven como el futuro: ¿serán el presente?", Pensamiento iberoamericano, Nº 3, 2008, pp. 3-16.
- Gatti, Gabriel, (2003), "Las modalidades débiles de la identidad. De la identidad en los territorios vacíos de sociedad y de sociología", Política y Sociedad, Vol. 40, No. 1, pp. 87-109.
- Gil Calvo, Enrique,, (2009), "Trayectorias y transiciones. ¿Qué rumbos?", Revista de Estudios de Juventud, Nº 87, pp. 15-29.
- Gil Calvo, Enrique, (2005), "El envejecimiento de la juventud", Revista de Estudios de la Juventud, Nº 71, pp. 11-19.
- Gil Calvo, Enrique, (1986), "La estructura de edades y el ocio de los jóvenes: cifras españolas", Revista España de Investigaciones Sociológicas, Nº 35, pp. 179-209.
- Gil Calvo, Enrique, (1985), Los depredadores audiovisuales, Madrid, Tecnos.
- Gil Rodríguez, Germán, (2007), "Las constelaciones de desventaja se hacen visibles en España", Revista de Estudios de la Juventud, Nº 77, pp. 103-121.
- Giner, Salvador; Homs, Oriol, (2009), "Jóvenes y vida activa: mercado e instituciones", Revista de Estudios de Juventud, Nº 87, pp. 31-44.
- Hernández Arístu, Jesús, (2007), "Asesoramiento como estructura y acción en los procesos de inserción laboral y social de los Jóvenes: Una reflexión desde la praxis", Revista de Estudios de la Juventud, No. 77, pp. 173-187.
- Lamo De Espinosa, Emilio, (1999), "Notas sobre la sociedad del conocimiento", en Fernando García Selgás y José B. Monleón (Eds.), Retos de la postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas, Madrid, Trotta, pp. 147-159.
- López Blasco, Andreu, (2006), "La familia como respuesta a las demandas de individualización: ambivalencias y contradicciones", Papers, Nº 79, pp. 263-284.
- Luhmann, Niklas, (2005), Confianza, Barcelona, Anthropos.
- Martín Serrano, Manuel; Velarde Hermida, Olivia, (2001), Informe Juventud en España, Madrid, Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Revilla, Juan Carlos, (2001), "La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular", Papers, Nº 63-64, pp. 103-122.

Rodríguez Ibáñez, José Enrique, (1998), *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Rodríguez Ibáñez, José Enrique, (1996), "La sinuosidad de la identidad", en *Complejidad y teoría social*, coord. por Alfonso Pérez-Agote Poveda, Ignacio Sánchez de la Yncera, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 33-46.

Ruiz De Samaniego, Alberto, (2004), *La inflexión posmoderna: los márgenes de la modernidad*, Madrid, Ediciones Akal.

Sánchez Moreno, Esteban, (2004), *Jóvenes: la nueva precariedad laboral. La experiencia de la precariedad laboral en los jóvenes españoles*, Madrid, Confederación Sindical de Comisiones Obreras.

Serapio, Ana, (2006), "Realidad psicosocial: la adolescencia actual y su temprano comienzo", *Revista de Estudios de Juventud*, Nº 73, pp. 11-23.

Soria, Miguel Ángel; Berrocal, Carmen; Caño, Antonio; Otamendi, Ainhoa; Rodríguez Naranjo, Carmen, (2004), "Las atribuciones de incontabilidad en el origen de las expectativas de desesperanza en adolescentes", *Psicothema*, Vol. 16, Nº 3, pp. 476-480.

Vogel, Laurent, (2007), "Trabajo y salud en la generación precaria", *Revista de Estudios de Juventud*, Nº 79, pp. 15-33.

Weber, Max, (1999), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Ediciones Alba.

Fuentes de datos:

Estadísticas EUROSTAT:

http://epp.eurostat.ec.europa.eu/portal/page/portal/structural_indicators/indicators/employment

Estadísticas OCDE, Informe anual "Panorama de la Educación":

http://www.oecd.org/document/52/0,3343,fr_21571361_44315115_45937524_1_1_1_1,00.html

Estadísticas Sindicato Unión General De Trabajadores (UGT), Nota de prensa de 11 de agosto de 2010:

<http://www.ugt.es/comunicados/2010/agosto/a11082010.html>

Instituto Política Familiar, Informe Evolución de la Familia en España 2010, mayo 2010:

http://www.ipfe.org/Informe_Evolucion_Familia_Espana_2010.pdf